

# Entreacto

Por Alberto Fernández Gonzalez

**F**ue quizá la falta de movimiento, esa ausencia del balanceo de todas mis vísceras en lo que pudiera ser el magma formado por el tejido de mis sueños, lo que me expulsó del paraíso y me hizo abrir los ojos a una historia increíble. El tren se hallaba detenido en una gran estación sombría, aparcado bajo un día plomizo en exceso. Estaba sólo en el compartimento, y debíamos de haber llegado hacía poco tiempo, pero sí el suficiente como para que todos los viajeros hubieran alcanzado ya los andenes. Lo curioso de toda esta historia es que yo no recordaba haber tomado ese tren, ni estar de viaje; ni siquiera recordaba haber abandonado la ciudad. Al principio me quedé muy quieto, con la mirada atravesando la ventanilla y clavándola en los fustes de hierro que subirían hasta alguna marquesina acristalada, como si con ese ancla de mis ojos pudiera asegurar que mi sueño no iba a seguir avanzando. Sin embargo, al retroceder en la secuencia de imágenes me encontré con aquella cara cargada de fría maldad. Recordé sus ojos mirándome, ni siquiera con desprecio, más bien ignorando que yo era un ser humano, él cumpliendo un ritual genético del que no era culpable. Volví a sentir la cuchilla entrando por la abotonadura del polo, tocar con su extremo la zona baja del ombligo y seguir viaje hacia las entrañas una vez, y luego otra que tropezó en una costilla y logró internarse en la zona baja del hemitórax derecho, y luego una tercera mientras intentaba alejarme, y esta me llegó certera al cuello, a la carótida, las manos cubriendo las roturas de mi cuerpo, la cara del asesino regresando a las sombras del callejón, mi vida huyendo en esas primeras horas de la madrugada. Me parecía sentir todavía los tres besos limpios de la muerte pegados a mi piel, y los ojos de ese hombre, fríos, sin expresión de sentimientos, sin delación de emociones. Miré hacia las redes del portaequipajes, vacías, y no terminaba de despertarme, de llegar esa ola de ondas beta que borrara las imágenes de una pesadilla que de algún modo no pretendía acabar en ese compartimento.

Bajé la ventanilla y asomé la cabeza. El aire era fresco, más tardío que el de la amanecida, y el olor era el de las estaciones, algo a aceite pesado, algo a café, algo a retrete. La gente caminaba hacia el fondo, seguramente la salida en la cabecera del tren, y por la vía que estaba frente a mí llegaba otro convoy. Salí del compartimento, bajé los tres peldaños y me uní a esas gentes que también parecían algo despistadas, mirándose los unos a los otros, desconfiados.

Era una estación grande, mucho más que las que yo conocía, y la mañana, como me había parecido en el interior del tren, era totalmente plomiza. Por supuesto, no sabía dónde me encontraba. A medida que me iba acercando al fondo crecía el murmullo de esas gentes que ahora se preguntaban los unos a los otros. Me sorprendió que la mayor parte de los viajeros fueran personas mayores, algunas muy ancianas. Todo era muy raro. Había heridos, mutilados y algunos niños. Me quedé parado mientras el río humano de los andenes seguía avanzando hacia la salida. Entonces vi que había otras personas que, al igual que yo, se hallaban detenidas haciendo lo mismo: tratar de despertar. Mi debilidad por la estadística me mostraba los primeros resultados. Había una porción pequeña de niños cuya edad no sobrepasaba los 10 años. Luego estaba esa juventud que se estiraba hasta los 40, un grupo mejor representado, pero la gran mayoría, los que realmente parecían invadirlo todo, eran gentes que se acercaban a la ancianidad o llevaban navegando en ella varios lustros. Esto me hacía pensar, como una primera posibilidad, que esos viajeros fuesen jubilados incluidos en esos programas de ocio para la tercera edad. Lo curioso era que aquí no cantaban ni reían, y apenas hablaban entre ellos. Todos caminaban en solitario, sin prisa y sin rozarse, iniciando pequeñas conversaciones de acercamiento, esbozando sonrisas de desganados cumplidos. Nada de eso era normal: no lo era el que me hubiera despertado en un tren si yo no había iniciado ningún viaje, ni el que esos ríos humanos de viajeros no provocaran más que un ligero murmullo, y que no fueran en grupo, salvo tres o cuatro personas que me acababan de sobrepasar y que sí hablaban entre ellos, todos con heridas en sus cuerpos, y quizá restos de embriaguez. Eso era lo menos normal de todo, que la mayoría de las personas jóvenes tenían heridas en la cara, en los brazos o en las piernas, y los de edad más avanzada tenían rostros enfermizos y facciones adelgazadas, cuerpos casi esqueléticos, como si les hubieran extraído los líquidos del organismo. Por un momento pensé que esos trenes llegaban de países en

guerra, que todos éramos refugiados, incluso yo, sin heridas ni piel pálida. Pero eso no era posible. Mi país no estaba en guerra, al menos en la noche pasada, y yo no venía huyendo de nada.

Volví a ponerme en movimiento, y también lo estaban haciendo los otros pensantes, mientras algunos recién llegados se detenían a intentar poner orden en todo lo que en principio no asumían como una realidad. Quería escuchar las preguntas que tímidamente se hacían, los comentarios, averiguar de dónde venían. Mi caso era distinto: yo me había dormido y no recordaba cómo había llegado hasta mi tren, pero ni estaba herido, ni macilento, ni era un anciano decrepito. Seguramente realizaba un viaje sin sentido, una escapada de mí mismo, y me había subido a un tren del mismo modo que podría haberlo hecho a un avión; el destino era lo de menos. Lo que sí recordaba cada vez con mayor intensidad eran sus ojos fríos mirándome fijos mientras la hoja rasgaba mi envoltura por dos veces, mi voz aullando mientras mi mano cobraba urgencia hacia el cuello y el callejón se acababa. Era una horrible pesadilla tejida en esa noche de viaje sin sentido, quizá el exceso de alcohol en la madrugada, o un asalto de los fantasmas del miedo tratando de prevenirme de algo, de darme algún mensaje de esos a los que nunca se hace caso.

Casi nadie hablaba mi lengua. Oía preguntas que sonaban con tristeza a causa del idioma, voces de cristal que se empavonaban con el arrastre francés de la “r”, o frases compulsivas, impelidas y asomadas al precipicio de la fonética germana. Pero también había quien preguntaba en castellano, aunque la respuesta se tejía en cualquiera de esos idiomas de los que yo ignoraba su procedencia. Para mí era esencial saber cuál era esa estación, a qué lugar había llegado. Nada me iba a solucionar un nombre, un punto alojado en las coordenadas de ese despertar extraño, pero significaría un primer cerco al sueño: saber dónde me encuentro y la hora que es, como si a partir de entonces pudiera someter el destino a mis pasos por la geografía recién descubierta. Miré por todas partes buscando el maldito nombre, un gran reloj cuya base fuera el luminoso que nombraba la ciudad, un letrero sustentado por grandes postes en los andenes, el destino final de esos trenes que no dejaban de entrar en ellos, pero no encontré nada. Aguardé a que otro convoy terminara de trazar la gran curva que le conduciría hasta los andenes y me fui directo a la chapa de los costados. Venía de mi

ciudad, según indicaban las letras negras, pero se habían olvidado de escribir la de destino, y así en todas las chapas de ese tren, y así en todos los trenes que llegaban a la estación.

Observando con mayor detenimiento a los pasajeros, me di cuenta de que en ellos había una gran confusión. Estaba habituado a ver saltar, aún con el tren en marcha, a los más habilidosos o con más prisa, pero ahora no. El último tren en llegar se había detenido y el pasaje seguía a bordo. Al cabo de dos o tres minutos empezaron a descender por todos los pescantes los pies más indecisos de toda la historia, como los míos, supuse, cuando me desperté en mi compartimento abandonado a las brumas de ese sueño. Me quedé mirándoles, observando su comportamiento, y si también eran heridos y ancianos. Entonces le vi descender, las botas arrastrando a taconadas, la navaja adivinada en uno de los bolsillos traseros. Eran sus ojos fríos, ahora amoratados y cansados del viaje. El terror me mantuvo paralizado unos instantes, boquiabierto, como una estatua absurda entre transeúntes absurdos, y entonces él se paró, desorientado como todos, para dar una solución a su posible pesadilla. Pensé que su pesadilla formaba parte de la mía, y aun así el terror me paralizaba, y me costó iniciar los primeros movimientos de huida hacia el fondo, hacia la salida. Seguramente había venido a rematarme, a abrirme esas heridas que mi cuerpo, besando las costas de la vigilia, había cerrado oportunamente. No se me había pasado por alto el vendaje que traía en la frente, un herido más, quizá un comparsa de mi teatro mental. Confieso que me alegré de su infortunio, aunque todo fuera un sueño, y seguí caminando hacia las puertas del fondo, hacia ese mágico lugar donde debían estar la librería de ferrocarriles y la pastelería, la sala de espera, quizá los retretes... y, por supuesto, la cantina. Era en ella, con el humeante café y las tortas del desayuno, donde soñaba en mis viajes infantiles con esa ciudad desconocida que se desplegaba tras los cristales. Mis padres hablaban de ir y venir, mi hermana leía los tebeos de "Sissí", y yo miraba la ciudad que despertaba y se me ofrecía como una aventura en la que me perdería en cuanto acabara con las tortas y dejásemos el equipaje en Consigna.

Llegué al arranque de los andenes, a las puertas del fondo, pero la cantina estaba cerrada, y la librería, y la Consigna, y el despacho del Jefe de Estación. Sin embargo, como un resto de aquéllos viajes de mi infancia, estaba mi padre aguardándome en una de esas puertas, mi padre muerto y ahora allí, en la gran estación. Me hizo una seña con la mano y me

fui hacia su media sonrisa de galán, intacta al paso del tiempo, y mis piernas apenas me sostenían, el corazón a caballo entre el colapso y la destartada arritmia. Insistía en su llamada, y había más familiares gesticulando, haciéndose ver a los recién llegados. A mí sólo me esperaba mi padre, y a los ancianos era su mujer, o su esposo... y a los niños nadie. Cruzaban el umbral solos o agarrados de mano ajena, estrangulando el llanto.

Me besó en la mejilla, y yo creo que sólo pude arrimar los labios a la suya, y me dijo "¡venga hombre, que se hace tarde!", pero sin abandonar su sonrisa cautivadora. Para mi padre siempre se hacía tarde, pero ahora no entendí su prisa: había muerto hacía más de cinco años. Todo sería parte del extraño argumento de mi sueño, y estaba feliz con su presencia en esa estación a la que me habían expulsado las aguas de la noche.

Entramos en un gran vestíbulo en cuyos luminosos, y entre un sinfín de idiomas encontré el mío: Estación Central. Cada vez estaba más aturdido, y mi padre no borraba de sus labios la media sonrisa de galán. "Aséate un poco y ahora nos vamos a desayunar", me dijo al tiempo que me indicaba las puertas de acceso a los cuartos de baño. No rechisté, y le dejé esperando mientras me dejaba arrastrar por unos pies que no me parecían míos.

Nunca había estado en una estación igual a esa, con cuartos de baño en lugar de las sucias letrinas de puertas sobre cuya pintura luchaban por un poco de espacio los avisos de pervertidos y maricones, y las moscas de la mierda, grises, paticortas, con alas en hábito de monja. Me entregaron prendas limpias, una toalla y jabón, y perfume, y entonces me quité la ropa, el agua tibia sobre mi desnudez, el murmullo de pies arrastrando y mentes preguntándose qué estaba ocurriendo, y otros cuerpos desnudos, y otros padres esperando. Fue cuando vi las vendas tapando los horrores, el ombligo, la costilla, y casi sin fuerza y ya ante el espejo, el cuello mutilado de gangrena, y mientras palpaba mis temblores, entró él, sus ojos aún sin expresión, la cazadora raída.

Me duché valorando el significado de ese viaje, me puse a toda prisa las ropas que me habían entregado y salí al encuentro de mi padre, quien ahora me aguardaba con cierto cinismo en la mirada. "Estamos muertos, ¿verdad?"

Su media sonrisa se posó en mi frente y luego fue su brazo el que se pasó por mis hombros, la primera vez en la vida... en la muerte. Miró hacia la bóveda, y luego al frente, extendió el brazo y me señaló la cantina. Sí, se me iluminaron los ojos, como cuando era niño,

la ciudad desconocida, el sol recién plantado en las aceras, el café y el bollo, Y ahora también parecía ser así, pero faltaba mi madre, y mi hermana, y no encontraba nuestras maletas verdes. Yo aún sentía amor por los míos, por la ciudad que había dejado atrás, por el recuerdo repleto de rincones donde era fácil refugiarse de tanto descalabro de lo que soñara como fantástico devenir, quizá tras el bollo de una estación como esa. Aún tenía mis apegos, y lamentaba que ese hombre que no abandonaba su media sonrisa de galán que había alumbrado toda mi vida, ya no fuera mi padre, y sí mi amigo. A medida que íbamos desayunando en la cantina me venían las ganas de hablarle de hombre a hombre y no de hijo a padre, de contarle alguna correría nocturna, un secreto inconfesable; no fumaba, y yo estaba sin tabaco, la cajetilla perdida en el callejón donde aquél individuo me asestó las puñaladas. Y entonces volví a verle, entrando con sus dos ancianos, mucho mayores que mi padre, pobremente vestidos y con una alegría que me pareció prestada, como si no tuviera nada que ver con sus cuerpos. Mi asesino caminaba despistado y manso. Cruzamos nuestras miradas sin rencor, un guiño de ojos, una sonrisa y un gesto de “ahora nos vemos”, y es que mi padre me había dicho que teníamos que tomar otro tren que no tardaría en salir, y que aunque él tenía billete, había que sacar el mío.

Me levanté con miedo, asustado ante ese nuevo tren que debíamos tomar. Hasta ese momento no había sido consciente de que no volvería a la marquesina acristalada para tomar el de regreso, y de que no desandaría el camino hacia mi casa, hacia los dulces ojos de Amalinda, hacia las arrugas de mi madre. Miré a mi padre con los prolegómenos del pánico, esa dificultad para respirar, ese quedar atrapado en el fondo del pozo, y tomó mi mano con firmeza, transmitiéndome seguridad. Bajamos a los andenes donde se citaban las despedidas, los abrazos, y partían los trenes de los recién llegados. Estaba claro, y mi padre, que ya no era mi padre, me lo contó. Todo había sido un engaño, una obra de teatro, una ficción. La vida, lo que yo creía que era cierto, la que sufrí en la muerte de alguno de mis amigos, la de mi padre que ahora me hacía entender la realidad, esa vida en la que hube de trazar directrices de supervivencia, dibujar playas de amor, soñar para regresar al tuétano de mi esencia, no había sido más que una representación teatral, una obra en un sólo acto, y este terminaba a manos de mi asesino del callejón, la mirada dura, la hoja rasgando y pidiendo el aplauso, mi mano al vientre, al cuello, el traspíe y la caída al suelo, el telón descendiendo, el público puesto en pie,

los aplausos de mi padre, de mis muertos, las lágrimas de mi madre, de Amalinda, de los que siguen representando... todo una obra de teatro en la que cada actor había elegido su personaje antes de tomar un tren que salía de una estación similar y anterior a esa donde estábamos ahora. Me lo había creído todo, pero lo cierto es que ahora notaba cómo se iban enfriando mis sentimientos y comprendía la trama. Mi padre me dejó mirar por un caleidoscopio la obra que continuaba representándose en el teatro de la ciudad abandonada, y allí estaban Amalinda y mi madre, abrazadas y llorando en la salita del Anatómico, dentro de su papel, absorbidas por él. Sonreí frente a su pena, porque lo hacían bien, porque lograban trasladarme de su escenario a la realidad de mis sentimientos...

Papeles; Amalinda había sido el guarda de una de mis empresas en una obra anterior, y yo quien le había despedido, y mi madre... Mi madre era psiquiatra, también hombre, y yo era uno de sus pacientes tras la desaparición de mi amante. Le dije entonces al que había sido mi padre en la última representación, que me dejase ver la penúltima obra en la que habíamos coincidido mi asesino y yo, y, cosas del teatro, de la vida... El de la mirada fría y aséptica de sentimientos era mi amante, bella mujer que murió tras un accidente de tráfico cuando yo conducía empapado en alcohol, una de aquellas antiguallas de principio de siglo. A partir de entonces estuve en tratamiento psiquiátrico, asistiendo durante años a la consulta del Dr. Baena Prieto, personaje representado por el mismo actor que luego dio vida a mi madre en mi última obra de teatro... la mujer enlutada que lloraba abrazada a Amalinda.

Mi temperatura iba descendiendo a medida que las escaleras mecánicas nos llevaban hacia el andén que nos depositaría en el interior de nuestros nuevos personajes, y no quise preguntar cuál era el mío. Sentía la mano de mi padre agarrada a la mía, el único calor sentido, y fui a mirarle para preguntar quién era él ahora y cómo es que podía abandonar su representación para ir a mi encuentro, pero ya sólo estaba la sensación térmica de su palma en mis dedos, el recuerdo de su vejez dejando de dolerme a medida que yo me iba enfriando físicamente en una muerte que barrería todo el dolor al que aún me apegaba para sentirme vivo. Mi asesino me hizo señas desde el pescante del último coche, y empezó a gritarme y a reír, "ahora voy a ser tu jefe, y te voy a tener a raya... ¡Venga, que estamos a punto de partir!... ¡vamos sube...!"

Me solté de la sensación cálida de la mano de mi padre y empecé a escalar los peldaños de actores en busca de papel, a correr, a sudar como los mortales del otro lado, a embestir a los que trataban de impedir mi retroceso hacia la estación a la que había llegado esa mañana, a tropezar con esos seres que realizaban mansamente su tránsito, a caer y a recuperar las ganas de llorar, a engañarme con las falsas realidades de la vida. Buscaba el refugio de mi anciana madre, la cara de Amalinda donde aún depositar mi beso de encuentro. Quería dar marcha atrás a esa vida compuesta por un tren de vidas, regresar a mi último papel y no perder la identidad de ese actor, olvidarme de esa mañana y de que nadie era nadie, ni siquiera yo. Entré a los cuartos de baño, recuperé mis ropas y con ellas alcancé la gran marquesina gris a la que seguían llegando trenes de todas partes, pero se había dado la voz de alarma y una legión de fornidos guardadores del sentido de la vida esperaba mi presencia para impedir que cambiara la historia escrita en los registros de la Historia, y sus dientes sonreían para no alarmar el titubeo de la propia vida, y les vi tejer el cerco, avanzar con su barrera circular para estrangular mi desacondicionamiento, y les grité mi derecho al dolor, al llanto, a la imperfección, a una sola vida y una sola muerte, al apego al último papel, pero seguían avanzando, y llegando trenes, y muertos como los míos, todos candidatos al olvido.

Me encerré en un viejo edificio abandonado junto a las vías y eché el cerrojo de la puerta. Dentro todo estaba oscuro, y mi retina tardó un tiempo en hacerse con los primeros contornos. Estaba quieto esperando a que terminara de dibujarse aquél pequeño mundo, y finalmente descubrí los empolvados muebles, un saloncito cuya única ventana había sido cegada, pero a través de las juntas de rasilla se filtraban tenues claridades. Al fondo una escalera, y en la parte de arriba un dormitorio con ventana abierta sobre los andenes, gruesas cortinas que trabajaban la penumbra, y un crucifijo en la cabecera. Él era mi Dios, el de la obra de teatro, quizá otro actor, y su Cruz un producto del decorado, pero era todo lo que tenía y lo único que deseaba tener: los valores aprendidos. Me tumbé sobre la cama y mientras esperaba la llegada de los hombres de los andenes me quedé mirando al crucificado, y noté que se me escapaba una oración, una letanía aprendida a fuerza de repetir, y notaba el dolor de mi padre muerto para siempre, y palpé la punzada de su ausencia, sumada ahora a la de mi madre y la de Amalinda, a la de todos los que habían quedado en el inicio de ese viaje. ¡No quería olvidar, no quería ser actor, no quería estar en ese entreacto donde mi realidad era ficción, y aún



amaba, y quería amar, y me dolía el mundo del que venía, y ya estaba llorando, y los guardias golpeaban la puerta, y las manos se crispaban, los ojos se agrandaban ante el espanto de los golpes, y finalmente las botas en la escalera! ¡¡No quiero ir!! -grité-, ¡quiero sufrir, llorar!, y pensé acaso en un suicidio, pero volvería a esa misma estación, y otra vez a ser despojado de cuanto era, y otra vez la inutilidad del sentimiento acumulado, y busqué a Dios en el crucifijo pidiendo una respuesta, y les vi aparecer, rubicundos, sonrientes, los guardias de la estación, llegar hasta mí mientras gritaba, pateaba y mordía, y me redujeron, y grité y grité, y aullaba... aullaba... y entonces descubrí su sonido dulzón, persistente, no demasiado agudo ni demasiado metálico.

Me incorporé sobresaltado, sudando, con la histeria coagulada en ese último instante de pesadilla. El despertador seguía insistiendo, requiriendo mi concurso para dar por finalizada la señalización de las 6.45 de la mañana. Respiré profundamente y acaricié el sensor. Aún se agitaba el corazón en su claustro torácico, y palpé, y miré mi vientre limpio de costura, y sonreí. Poco después me duchaba y tomaba mi café trazando planes para el fin de semana con Amalinda y unos amigos en la sierra, la chimenea francesa, los cigarrillos y el cava, los ojos de ella buscando una luna que yo señalaría rastrillando las ramas semidesnudas del otoño. Era feliz, y abrí la ventana para mirar el mundo de mi calle antes de que amaneciera, para respirar mi suerte de estar vivo en medio de la dicha y el dolor... y entonces le vi aparecer, el pelo desordenado y la cazadora de cuero raído cruzando bajo mi ventana, las manos en los bolsillos, los andares cansinos y sospechosos, y sabía quién era: mi amante rubia, y chisté dos veces por descuido, y miró hacia la ventana, la mirada fría, aséptica de sentimientos, y primero sentí miedo, y al sentirlo sentí dicha. Todo en su sitio: el amanecer, las 7.15 en el reloj, el desarrapado bajando la calle, el miedo instalado en mí ante sus ojos... y por ello era feliz, y tomé el portafolios, saludé a la señora de la limpieza, encendí un cigarrillo, abrí la puerta del portal, miré la amanecida, el último vistazo al reloj antes de encaminarme hacia el coche... y allí estaba apostado mi destino, brillante la hoja de metal cerrándome el paso, la mirada fría, el pulgar sobre la cuchilla, los brazos extendidos en un ritual iniciático que me devolvería a la Estación Central.

Volví a sentir la cuchilla entrando por la abotonadura de la camisa, tocar con su extremo la zona baja del ombligo y seguir su viaje hacia las entrañas una vez, y luego otra que tropezó en una costilla y logró internarse en la zona baja del hemitórax derecho, y luego una tercera mientras intentaba llegar a la puerta del coche, y esta me llegó certera al cuello, a la carótida, las manos cubriendo las roturas de mi cuerpo, la cazadora raída del asesino cruzando la calle a toda prisa, y aún pude escuchar el aullido de las ruedas sobre el asfalto, la cabeza rompiendo el parabrisas, las piernas descontroladas elevándose en el último salto mortal.

Desde un punto lejano, muy lejano, me llegó el bramido de una locomotora que se ponía en marcha arrastrando un tren que llegaría a su destino en el siguiente amanecer. El sol despuntaba por encima de los tejados de mi barrio, y la brillante daga me hizo un guiño en su destello antes de caer junto al cuerpo de mi asesino.